

Deja que
todo el mundo te cuente
lo que pasó



Coordinación editorial: Mercedes Pescador
LoQueNoExiste



© Julio Ocampo



© Julio Ocampo



© Julio Ocampo

PRÓLOGO

Escritos desde el corazón

Puse en marcha esta obra colectiva el 12 de marzo de 2020, invadida por la curiosidad y, también, por mi propio miedo. La Organización Mundial de la Salud (OMS) acababa de declarar el coronavirus o COVID-19 pandemia mundial, las muertes alertaban de un peligro desconocido y de consecuencias impredecibles que se iba extendiendo país a país, causando muerte y desgracia. Las librerías cerraban, la crisis afectaba a todos los sectores de actividad y la continuidad de mi propio sello editorial era una incógnita.

Si fuera este mi último libro, me daría por satisfecha.

Mientras los científicos buscaban desesperadamente una vacuna para salvar a la humanidad, yo encontré, en esta crónica íntima de la pandemia de 2020, mi propio rescate.

Mientras los dirigentes de todo el mundo declaraban el estado de alarma y obligaban a la población a permanecer en casa para luchar contra un virus desconocido y altamente contagioso, supe que mi pasión por la palabra escrita sería mi único confinamiento. El cierre de fronteras, aeropuertos, escuelas y empresas anunciaban recesión y en mi corazón crecía la necesidad de contarlo, de dejar un testimonio para la humanidad.

Estas páginas han sido escritas por autores de los cinco continentes en la primavera convulsa de 2020 y constituyen una radiografía emocional sobre lo que pensaban y sentían ante la amenaza de su propia vida. Todos ellos aparecen con nombres y apellidos reales, desprovistos de cargos o títulos. Alcaldes, embajadores, diplomáticos, artistas, escritores, maestros, amos de casa, desempleados, jubilados, enfermeros de todas las edades y procedencias

hilan sus palabras y escriben sobre el amor, el miedo, la familia, el contexto, la fortuna o el futuro. Algunos lo expresan con un poema; otros, con una ilustración o una fotografía. Todos juntos construyen la prueba de cómo una pandemia, la de 2020, nos cambió la vida.

Gracias, autores y autoras de los cinco continentes, por haberme concedido el derecho de editarlo y ponerlo a disposición de todo el mundo. Vuestras palabras han sido mi estímulo. Gracias, querida Alicia Kaufmann, por tus invitaciones a lo largo y ancho del mundo para que los diarios más íntimos llegaran a la editorial. Gracias, Carolina Orihuela, Estephanía Guerrero, Any Do Santos y Alicia Ojalvo por vuestra inestimable colaboración en la producción y lanzamiento de esta obra.

La impresionante ilustración de portada es obra de la pintora y dibujante chilena Carmen Aldunate, reconocida internacionalmente. El dibujo de la contraportada es de Adam, quien, con tan solo cinco años y confinado con sus padres en Estados Unidos, no para de dibujar la vida y nos recrea el mundo como una gran casa de único tejado por el que entra el “mal bicho”.

Si este fuera mi último libro, me daría por satisfecha.
Gracias.

Mercedes Pescador

@MPpescador

www.mercedespescador.com

Primavera de 2020

MIEDO





Vencer la amenaza de lo cotidiano

De repente y sin avisar llegó el día en el que sentimos la amenaza de lo cotidiano. Nos provoca temor el simple hecho de abrir una puerta con esas manecillas que ahora parecen intimidantes o de comprar, ya que sentimos recelo hasta de los cartones de los envases. Ese fantasma invisible que nos ronda y del que queremos huir está en todas partes.

Tratamos de convencernos de que vamos a poder con ello, pero el miedo se extiende al bienestar de nuestros seres queridos. La vida se ha transformado, lo que conocíamos hasta este momento se convierte en un paraje desconocido sobre el que tenemos que transitar sin caer. Ante nosotros se abre un camino plagado de dolor por los fallecidos y sus familias, pero también de esperanza, la que nos procuran los héroes de los centros sanitarios y los servicios esenciales.

La amenaza solo se vence buscando recursos. Cada uno tiene los suyos y todos son válidos en estos momentos. Yo encontré los míos a golpe de máquina de coser. Lo más gratificante siempre es ayudar, y confeccionar mascarillas para el personal sanitario se convirtió en mi refugio, junto con la búsqueda de soluciones para ayudar a mis conciudadanos a superar esta inmensa crisis.

Averiguar qué aportar desde mi posición es la fuerza que me empuja cada mañana a encontrar fórmulas para reinventar mi ciudad y mejorar la vida de las personas. La responsabilidad que recae sobre mis hombros me hace crecer e intentar superarme con este tremendo reto que se nos ha puesto por delante.

Tenemos que salir reforzados de esta situación; debemos luchar y vencer en esta guerra silenciosa. Nuestras armas están dentro de nosotros. Nos han de motivar la

imaginación, la creatividad y la ilusión por ser parte de un nuevo mundo en el que todo está por descubrir. Debemos ser los mejores alquimistas de nuestras vidas, transformar lo negativo en positivo. Ese es nuestro reto: soñar con despertar de esta pesadilla renovados, con valorar lo que tenemos, ser conscientes de nuestra fragilidad para rodearla de un muro de hormigón armado, recordar que este instante es el único que poseemos y hay que disfrutarlo al máximo y extraer siempre el lado bueno de cada experiencia.

Vencer la amenaza de lo cotidiano es posible. En nosotros está el miedo, pero también la manera de derrotarlo. Si la realidad nos ha golpeado con una situación que parecía inimaginable, también nos puede recompensar con otra versión más favorable de sí misma. Yo me quedo con esta última.

Gema Igual Ortiz

Santander, España

Alcaldesa

Diez peldaños inalcanzables

Viernes 13, contigo empezó todo. Nueve días en la cama, con fiebre, dolor de cabeza, siguiendo los consejos de las autoridades sanitarias, atiborrándome de paracetamol. A partir del noveno día, me cuesta respirar y, finalmente, me planto en urgencias del *Hospital Clínic de Barcelona*.

Nunca imaginé que los diez peldaños que separan la calle de la puerta de entrada me parecerían inalcanzables. A mí, precisamente, que tenía previsto, esta Semana Santa, escalar el monte Toubkal, en el Atlas...

A partir de entonces, empieza el festival: once días de intensidad física y emocional hasta que, por fin, empiezo a salir del túnel y a ver un poco de luz. Entro en fase de recuperación y me trasladan al Hotel Plaza Barcelona que ha sido medicalizado y puesto a disposición de la

emergencia sanitaria. Este hotel me parece el símbolo de la responsabilidad social, de la colaboración pública y privada. Ambos conceptos serán esenciales para afrontar el colosal reto sanitario, social y económico que nos ha caído encima.

Los días de recuperación en este hotel, con extraordinarias vistas a las Fuentes de Montjuic, en plena senda de recuperación, me permiten empezar a pensar, a reflexionar sobre el futuro. Hasta entonces, mis prioridades habían sido otras absolutamente obsesivas: la cantidad de oxígeno necesaria para respirar, la fiebre, la saturación de oxígeno en sangre, las constantes vitales que parecían una auténtica montaña rusa...

Me han acompañado, también, la soledad y el miedo. Desde que Marta, mi pareja, me dejó en urgencias aquel viernes 13 de marzo no había visto a nadie, ni familia, ni amigos. Mis únicas compañías han sido el personal sanitario, excelentes profesionales, mejores personas, que se juegan el tipo día tras día y, también, el miedo.

Aunque el médico me decía que la mayoría salía adelante, no podía dejar de pensar que luchaba contra una enfermedad grave, nueva y desconocida, en forma de pandemia, que estaba dejando un rastro de afectados y de muerte por el mundo.

Hoy, ya desde casa, aliviado por mi propia vida, me preocupan otras vidas y, también, la segunda fase, la larga y profunda crisis social y económica en la que nos estamos sumergiendo. Crisis, no nos engañemos, es desempleo, pobreza y miseria. Por ello, deberemos afrontar, todos juntos y con un esfuerzo titánico y prolongado, este gran reto.

Como escribía, recientemente, el profesor y economista Antón Costas, toca “sacar toda la artillería, ¡Ya!” No caben medias tintas, ya tardamos.

Xavier López
Barcelona, España
Consultor en alianzas

Esto es un mal sueño

Me estoy viendo afectada muy directamente por esta pandemia. La distancia, vivir y trabajar en Miami teniendo a mi familia en España, es muy difícil. Mis padres se contagiaron. Mi papá ya está en casa, pero mi mamá lleva veinte días batallando contra la enfermedad. Estoy pendiente de que me llame mi hermana. Hoy es probable que le hagan la traqueo porque le tienen que quitar los tubos. Son muchos días. Ya más de veinte, si contamos los días de los síntomas, el primer hospital y el segundo en la UCI. Mi mamá no ha respondido al tratamiento experimental. Todo esto es como un mal sueño. Mi historia no es única; pero aquí, en Miami, solo puedo dar gracias a Dios y a los profesionales y a tantas cadenas de oración establecidas en el mundo por mi guerrera.

No poder estar con ellos en Madrid es un sufrimiento; es difícil elegir entre tu mamá y tus hijos por miedo al contagio. Me pregunto por qué no estudié enfermería para poder ayudar más a la humanidad. Solo me queda seguir rezando para oír noticias favorables y poder dormir algo mejor; combatir el miedo ante la esperanza de la vida.

Ana Isabel Alcaide
Miami, Estados Unidos

¿Y si acepto que yo también soy vulnerable?

Los retos me motivan, los cambios siempre me parecieron un aliciente y las novedades, la mejor manera de salir de esa estática y pacífica zona de confort de la que tanto se habla hace años y a la que yo siempre he mirado con bastante desprecio. De manera que emprendí esta nueva fase —tan extraña, por diferente, en la vida de todos— con

cierto entusiasmo.

Espero siempre mejorar mi vida y la vida de los demás. A eso me dedico tanto profesional como personalmente. Es un instinto, que viene conmigo desde que tengo uso de razón y con el que, a veces, tengo que luchar para no lanzarme a “salvar” a nadie, porque a estas alturas ya tengo muy claro que eso es una quimera. Y que puedo quedarme enganchada a ese rol de salvadora, esperando la recompensa y el agradecimiento eterno del otro. Terrible.

Así que emprendí este estado de alerta —como todos, supongo— en “alerta interior”. Yo soy callejera, un ser social que dice mi marido, y sabía que este confinamiento era un reto personal grande para mí. Así que, para variar, me lancé sin red, con motivación y decidida a aceptar lo que llegara —externo e interno— a mi vida en este tiempo. Ando enredada en la lectura de Gerardo Schmedling y su “acceptología”, una delicia.

Curiosamente, los primeros días fueron tranquilos, hice mi eterna lista de propósitos, que procuro renovar, y me puse manos a la obra. Limpié las ventanas del salón, persianas incluidas, porque limpiar y ordenar lo externo me ayuda a poner orden por dentro, y de eso ando siempre necesitada. Lo alterné con mis escritos diarios, alguna que otra incursión errada en redes sociales relacionada con mi trabajo, lecturas varias y Netflix. Uno de mis propósitos era darme permiso para estar ociosa y disfrutar de ello, cosas de mi alma de TDA, curiosa, insatisfecha y juzgadora.

Pero hay variables que todo el mundo suele tener presentes y que a mí me pillan siempre desarmada. ¿Quién no había pensado, después de tantos días desentrañando la verdad oculta detrás de cada palabra de Fernando Simón y viviendo en Madrid, que alguien de su círculo más querido podría ser tocado por el virus? Recibí la noticia hace cuatro días, llevábamos once confinados, y me dejó el cuerpo frío de terror.

Ellos son relativamente jóvenes y, tras el miedo inicial y sin bajar aún la guardia, parece que se estabilizan, e incluso mejoran. Pero yo no. A la vez que ellos parecían mejorar, mi frío interno empezó a ocuparlo todo, después llegó el dolor y el cansancio y, por último, los ahogos. ¿Coronavirus o ansiedad? Así estoy, intentando desenredar este nudo, los síntomas van y vienen, como mi miedo, al que tengo tanto miedo. La tila doble me tranquiliza.

Echo de menos a mi hijo, él sabe equilibrar mi caos, aunque no lo sepa. Y echo de menos a tanta gente... Los vecinos de enfrente se han convertido en sombras que me quitan un poco de soledad. A ratos sigo sintiéndome agradecida porque no estamos ingresados y estoy aprendiendo más de lo que me imaginaba. ¿Y si, a partir de ahora, perdiera el miedo a sentirme vulnerable?

Catia García Vargas

Sevilla, España

¡Cantemos el daimoku de NamMyohoRengeKyo!

Soy una mujer mayor que vive sola con su hijo en India. Mi marido falleció hace 25 años. Ha sido un viaje duro, pero la vida nos ha tratado bien, y estoy agradecida. Me ocupo de las tareas de la casa y salgo a hacer recados un par de veces al día. Estos paseos cotidianos me mantenían socialmente ocupada y activa, hasta que de repente un día todo cambió.

Hacía tiempo que había empezado a oír noticias de un virus en China que estaba matando gente, pero me había convencido a mí misma de que pronto pasaría. Empezamos a ver cómo se extendía por más países, aunque aún no había llegado a India. Pero llegó, y todo sucedió muy rápido. Confinamiento, distancia social, la gente comprando presa del pánico. Todo se detuvo. Muchos perdieron a sus seres queridos, como moscas atrapadas y exterminadas. Sí, han sucedido catástrofes antes, pero

cada generación tiene un tiempo en el que las vive por primera vez, y este ha sido ese momento para mí.

Reflexionar durante este tiempo me ha enseñado valiosas lecciones. Primero, que la vida es preciosa y no debemos desaprovecharla viviendo sin un objetivo. También, que no debo dejarme llevar por el miedo excesivo, que a menudo conduce a comportamientos irracionales y decisiones equivocadas. He aprendido a no desperdiciar en tiempos de escasez y a mostrar gratitud hacia los miles de hombres y mujeres que están ofreciendo sus servicios para mantenernos sanos. Estoy agradecida a los amigos que se han ofrecido a traernos alimentos y medicinas para que no tengamos que salir. Rezo por las almas que nos han dejado y pido a los vivos que valoren cada día de salud que nos es concedido.

Aprovechemos a ver la oportunidad en cada crisis para aprender, a no aceptar la derrota y a luchar unidos para vencer, con la convicción de que juntos somos más que meros mortales y pronto lograremos hacer posible lo imposible. ¡Cantemos el canto budista del daimoku de NamMyohoRengeKyo como un fiero león y rompamos la cadena del coronavirus!

Gitika Kaji
Mumbai, India

El fin del confinamiento

Sentimos miedo, incertidumbre. Invadidos por un enemigo invisible, perdemos la noción del tiempo. Tenemos una fuerte necesidad de cercanía personal, y al mismo tiempo no olvidamos el imperativo de distancia social por miedo al contagio. Estas son las piezas del puzle que bullen en mi cabeza ante el coronavirus.

En cuanto a mis sentimientos durante este confinamiento, he pasado por varias etapas:

1. Sensación de miedo y extrañamiento ante este cambio global radical y la letalidad del virus.
2. Nuevos aprendizajes al disfrutar de estar en casa y encontrar nuevas formas de relación social. He participado en reuniones a través de Skype con diversos grupos. Ahora mi casa es mi mundo.
3. Posibilidad de crecimiento, al observar la generosidad de los sanitarios, operarios y el resto de personas que trabajan para facilitar la vida de los demás. Con falta de recursos materiales y emocionales miran de frente la enfermedad, aun suponiendo un riesgo para sus propias vidas... Surgen dilemas éticos porque no hay respiradores para todos, y entre los pacientes habrá que elegir a los que se les da tratamiento o no.
4. Miedo ante una muerte que va a la velocidad de la luz, como las nuevas tecnologías. Ante los duelos traumáticos que no permiten despedidas. Tanta muerte me hace revivir viejos traumas vividos por mi familia durante el holocausto. Recuerdo a Ana Frank y sus veinticinco meses de encierro.
5. Libertad de elegir nuevos valores. Salir de la esclavitud del hiperconsumo y la hipervelocidad que nos quita más vida que el coronavirus, aunque no hayamos tenido consciencia de ello.

Alicia Kaufmann

Madrid, España

Analytic Network Coach y escritora

Qué pasará después

Es jueves, 26 de marzo de 2020. Después de escuchar los aplausos que proceden de los balcones y ventanas de mis vecinos, todo vuelve a la calma, a ese silencio que me acompaña todos los días desde que se inició el Estado de Alarma y, con él, mi confinamiento y el de toda la ciudadanía en sus casas.

Hace tan solo una semana todo transcurría con normalidad. De lunes a viernes, de 15:00 a 20:00 iba a la universidad; después de las clases me hacía el bolso y salía hacia el pabellón donde entrenaba baloncesto todos los martes, jueves y viernes de 20:30 a 22:00 y, por último, los fines de semana trabajaba en un pub-discoteca por las noches y jugaba el partido de la semana.

A simple vista, parece una rutina agotadora y quizá sea así. Sin embargo, me gustaba lo que hacía. Había logrado lo que ansiaba desde el primer día en que comenzó la universidad: compaginar los estudios con los entrenamientos y conseguir un trabajo que cuadrara con el horario que ya tenía. El sábado 7 de marzo, ganamos un partido importantísimo que nos hacía meternos en los Play Offs de ascenso a Liga Eba y yo fui elegido MVP del partido, algo que sin duda mostraba mi estado de forma. Después llegó esta terrible pesadilla, la COVID-19, una enfermedad procedente de China que me apartó de todo y me despertó de este sueño que tanto me había costado construir.

Después de una semana, me sigo preguntando: «¿Esto está sucediendo? ¿Es real?». Después de una semana sin poder salir y escuchando por todas partes el número de muertes y de contagios y los días que nos tenemos que quedar en casa, parece ya una realidad.

Hoy he vuelto a hablar con mis jefes, autónomos con un local en alquiler. En estos momentos, tienen muchos gastos y ningún ingreso. Percibo su impotencia de no poder hacer nada y su esfuerzo por intentar seguir contando conmigo. En cuanto al equipo, he hablado con todos, somos jóvenes y estar mucho tiempo encerrados en casa no va con nosotros. Pienso que ellos por lo menos tienen a su familia en casa; yo, sin embargo, estoy lejos de ellos por seguridad. Cada día me convengo de que es la mejor decisión que he tomado. No obstante, a veces tengo la tentación de hacer la

maleta y marcharme a casa. Cada día tengo tareas que hacer de la universidad. Los profesores intentan que estemos ocupados y que sigamos con el curso, pero no todos tienen un buen manejo de internet.

Solo me queda esperar y ver qué ocurre, aunque son estos momentos de reflexión los que me producen vértigo, no saber cuándo terminará esta situación ni qué pasará después. La vida es así. A veces lo tienes todo y otras, sin embargo, no tienes nada.

Kevin Cano García Moreno

Segovia, España

El amor después del amor

Nuestras ventanas quedan muy cerca entre sí, cosa que me ha permitido escuchar siempre sus peleas cotidianas.

Aunque están bien físicamente, son dos jubilados un tanto ociosos, y la excusa de no bajar las escaleras les aísla del mundo en una cuarentena eterna suspendida de tanto en tanto para ir a hacer la compra o por alguna gestión.

Ella habla muy fuerte y es quizá más agresiva en sus formas. Él es más pausado, y casi nunca escucho sus respuestas. Ella le dice que es torpe, lento, burro (entre otros calificativos). A saber qué le responde él, porque ella se enerva un poco más después.

A veces me pregunto qué les une. La costumbre, viejos amores ya gastados... Quién sabe. Desde ya dos o tres días no se escuchan ruidos en su casa, pensé que no habría nadie... Aunque me resultó raro.

Alrededor del mediodía escuché voces de varias personas que hablaban con intensidad en el pasillo de acceso, y que pronto se acallaron. Cuando más tarde salí a tirar la basura, vi en el primer tramo de la escalera, mirando hacia abajo, a Susana sentada, apretada a la pared. Pasé a su lado y le saludé.

—Susana, ¿está bien? ¿Pasa algo?

—Roberto... —me dijo con voz entrecortada, sacándose las manos de la cara y mirándome. Sus grandes ojos claros estaban enrojecidos de llanto—. Vinieron los médicos... Dio positivo... Tengo miedo.

Quise abrazarla. No pude.

Yo también tengo miedo.

Daniel Núñez Ansalas

Montevideo, Uruguay

Muchos de nosotros vamos a morir

Esta epidemia está acabando con la paciencia de miles de personas. ¿Cómo un simple microbio puede poner en jaque al más terrible y preparado ejército, obligando a sus fieros “soldados” a pasar a la estrategia en esta nueva manera de hacer la guerra?

En esta “batalla” es imprescindible la limpieza y desinfección en cualquier frente, en las calles y avenidas de la ciudad, ahora desolada y triste por la falta de seres humanos, donde antes del confinamiento forzoso llevábamos nuestra vida cotidiana. Hemos trasladado nuestra rutinaria vida a poco más de cien metros cuadrados. Otros, por desgracia, lo hacen en menos espacio.

Pero aún así, sin libertad de movimiento, todos quedamos a la misma hora y, como si fuera un único grito, entrechocamos las palmas, convirtiendo el agudo sonido en un atronador aplauso por aquellas personas que están trabajando por nuestra salud. Contagiándose e incluso muriendo por una heroica causa: ayudarnos y frenar el virus intentando no colapsar los hospitales, y por ello nos piden que nos quedemos en casa. Si salimos, sería muy peligroso y grave, pues llenaríamos los hospitales de miles de enfermos y los responsables médicos estarían obligados

a privar de la oportunidad de curarse a los enfermos más graves.

En diciembre de 2019 en China y en 2020 en todo el mundo, se declaró una gran pandemia, conocida por el nombre de coronavirus o COVID-19. Muchos de nosotros vamos a morir, cada vez tenemos más contagiados. Me parece estar viendo una película relacionada con esta epidemia, tan real que cualquier guionista la convertiría en un largometraje dramático.

Amigo, cambia tu conciencia. Cuida el planeta. La esperanza todo lo puede.

Enrique Manuel Hidalgo Naharro

Los virus viajeros

Había una vez unos virus muy inquietos que decidieron viajar y enfermar a todos sin importar si eran niños, jóvenes o ancianos. Se ponían felices cuando las personas que habían contagiado se acercaban a otras, porque así podían viajar de persona en persona y enfermar a todo el mundo, que era lo que más les gustaba hacer.

Todas las personas de aquel lugar estaban enfermas sin saber qué hacer para detener a los virus viajeros, hasta que un día un doctor que llegó de visita y les aconsejó lo siguiente:

- Cubrirse la boca y nariz al toser y estornudar.
- Evitar tocarse la boca, la nariz y los ojos sin lavarse bien las manos.
- Evitar el contacto cercano con personas resfriadas.
- Desinfectar sus cosas con lejía o alcohol.
- Lavar sus manos con agua y mucho jabón constantemente.

Todos siguieron al pie de la letra los consejos, y de esta manera impidieron que los virus siguieran viajando y los

hicieron desaparecer del lugar.

Al final, los pobladores escribieron en una gran pizarra todos los consejos del doctor para seguirlos practicando y no olvidarlos nunca.

Dilcia López Chuquihuanga

Dentro del autismo

Lo bueno de estar dentro del espectro autista es que disfrutamos la soledad, el aislamiento y el distanciamiento: es por eso que no entendemos la angustia de estar encerrados.

No soportamos la indiferencia o que piensen que somos bichos raros o insensibles, que no podemos sentir miedo porque no vemos qué es lo que causa a los demás ese estado de agonía (aunque no lo crean, percibimos los sentimientos o intenciones hacia nosotros). Tampoco entendemos las teorías que no están basadas en cosas concretas observables, manipulables o experimentables. Infiernos, paraísos, ángeles o demonios son conceptos que no están dentro de nuestra comprensión y, por lo tanto, no existen, y ese es el motivo de que nos riamos de ese tipo de creencias a menos que nos las demuestren.

No soportamos que nos cambien las rutinas a las que nos hemos adaptado o que hemos aceptado sin que haya algún motivo concreto por el que debamos aceptar otras. Y no aceptamos las explicaciones falsas con las que quieren manipularnos: un pequeño titubeo, una mirada errática o las ideas sin concatenación son suficientes para saber que nos están mintiendo. Nosotros percibimos el mundo de otra forma, no a partir de explicaciones sino de observaciones, por eso damos respuestas cargadas de sarcasmo a las inquietudes subjetivas, y es que simplemente no entenderemos el miedo de los demás hasta que no vemos que de verdad está cayéndose el cielo a pedazos.

Hoy, que nos quieren tener encerrados, nosotros tenemos urgencia por seguir nuestras rutinas. Ese miedo del que nos hablan no nos importa; las necesidades de los demás sí, y somos muy sensibles a ellas.

Hever Mendoza

Miedo, culpabilidad y esperanza

Tengo miedo. Y me siento mal por ese motivo. Cada día veo por televisión cómo aumenta el número de contagiados y de muertos y, sin embargo, yo estoy preocupada por no ingresar el suficiente dinero para vivir desahogada. Soy autónoma y ofrezco diferentes servicios relacionados con la comunicación, como la gestión de redes sociales y redacción de textos, y además doy clases particulares de español para extranjeros.

En febrero estaba contenta, me había ido bastante bien después de meses luchando contra la escasez. Con la llegada del coronavirus he perdido alumnos y algún cliente con el que colaboraba en trabajos puntuales. Tengo la sensación de que me toca empezar casi de cero. Y hay días en los que no me apetece seguir remando. La incertidumbre me absorbe la energía. ¿Volveré a conseguir clientes cuando todo esto termine? ¿Me abandonarán los que ya tengo?

Luego, me viene ese sentimiento de culpa del que hablaba al principio. ¿Cómo puedo dejarme llevar por el pesimismo cuando hay que gente que lo está pasando realmente mal? Los míos y yo tenemos salud y un techo donde vivir.

Supongo que será precisamente por eso. Tengo cubierto el primer escalón de la pirámide de Maslow... También me llegan pensamientos positivos. ¿Cómo nos comportaremos entre nosotros cuando acabemos con el bicho? ¿Seremos más solidarios, menos egoístas y menos consumistas? ¿Cambiará algo el sistema para que haya una mejor

distribución de la riqueza? ¿Seremos capaces de tomarnos en serio la lucha contra el cambio climático? Creo que sí y eso me da esperanza.

Rosa Brosé Rodríguez

Madrid, España

Nos dejarán morir

En Venezuela, estamos en cuarentena. No sé si tememos al virus o al régimen. Al no poseer recursos para el tratamiento adecuado, el gobierno, por su incapacidad y corrupción, dejará morir a los que criticamos el comunismo. No es fácil vivir en un país cuyas autoridades despliegan un odio sin medidas para continuar en el poder. Temo enfermar con este virus, y más al ser opositor del régimen de Nicolás Maduro. Gracias a Dios, mi esposa y yo nos cuidamos mucho. Estamos solos. Mis dos hijos se fueron a Chile en busca de mejor vida. Solo contamos con nuestro señor Jesucristo.

Dixson Villasmil

Venezuela

Lo que la pandemia me quitó

Amo los rayos de sol elevando la temperatura de mi piel, la lluvia cayendo sobre mi cuerpo, el aire erizando el vello de mis brazos, el temblor que me provoca el frío intenso. Adoro el contacto con la gente, el sonido de una buena carcajada o de una agradable charla; me deleito tomando un aromático café mientras veo los rostros de la gente que amo. Disfruto de caminar admirando el paisaje, los árboles moviéndose al ritmo del viento, escuchando el sonido que produce el contacto entre ellos, el canto de las aves, las conversaciones a lo lejos.

Tal vez por eso me asustaba la forma en que estaba cambiando el mundo, con las comunicaciones a través de

una computadora, los saludos por medio de caritas o corazones, compartiendo la vida con los seres queridos a través de las fotos publicadas... Me daba miedo perder el contacto físico con otros. Me angustiaba ver películas futuristas donde la gente se aísla en su casa, la comida escasea y todo se vuelve oscuro, la gente se vuelve sedentaria o hambrienta, la alegría se pierde y el contacto humano se desvanece.

Entonces, aparece en escena un enemigo silencioso, diminuto y sin forma evidente, que me obliga a vivir temporalmente en ese mundo que me aterriza, y descubro que soy capaz de compartir tiempo con mi familia y mis amigos a través de mensajes de texto, que puedo adaptarme a una forma distinta de alimentación. En esta soledad, mi creatividad despierta, me reinvento, exploro nuevas formas de acercarme al conocimiento, aprecio el deporte de forma diferente y cambio mis hábitos y mis pensamientos.

Y así, sin más, se aleja de mí ese miedo a que la vida pierda su belleza. Gracias al aislamiento descubrí que el mundo es el lugar que habito, pero mi mente es el lugar al cual pertenezco.

Sandra Araceli Soto Dotor

Ciudad de México, México

Los niños no entienden por qué no pueden visitar a sus abuelos

Tengo sentimientos encontrados respecto al coronavirus. Por un lado, un miedo casi irracional a lo desconocido. Y por otro, una sensación de hastío de oír hablar de lo mismo una y otra vez. ¿Porque de verdad no hay otra cosa de la que hablar? ¿Las guerras, el cambio climático, el feminismo del que tanto hablábamos hace dos meses se han acabado de golpe y porrazo?

No estoy intentando quitarle hierro al asunto, ya que, como

he dicho, yo también tengo miedo. Pero es que tengo tres hijos, y el mayor, de cuatro años, no para de hablar del coronavirus y sé que tiene miedo de que le pase algo, pero sobre todo de que les ocurra algo a sus abuelos, porque ha oído decir que las “personas viejas” se mueren. ¿Cómo podemos explicarles esta situación si ni siquiera nosotros tenemos las respuestas?

Vivimos en Suiza y, aunque las medidas de seguridad son bastante drásticas, por suerte la situación aquí no es tan extrema como en otros países y el confinamiento es menos severo. Eso nos permite salir un poco todos los días y que sea más llevadero para los niños. De hecho, están contentos de que ahora pasemos el día haciendo lo que les gusta, como ir a los columpios o hacer manualidades. Aun así, no entienden por qué no pueden ir a ver a sus abuelos, que viven a apenas un minuto de nuestra casa, ni por qué no pueden ver a sus primos, ir a sus clases de gimnasia o a la piscina como antes.

Hace casi dos meses que nació mi última hija y mi familia, que vive en España, todavía no la conoce. Dudo mucho de que la conozcan pronto, porque ¿quién sabe cuándo podré coger un avión e ir a verlos? Cuando esta crisis acabe, ¿cuánto tiempo seguiremos con el miedo en el cuerpo? ¿Continuaremos viviendo nuestra vida ahí donde la dejamos hace un mes como si nada?

Lo peor que llevo es el miedo que se nos ha metido en el cuerpo. ¿De verdad hay razones de tener tanto miedo? ¿Nos están manipulando con todos esos datos y cifras de infecciones y muertes diarias? ¿Las cifras son acertadas? ¿Y si me pasa a mí? ¿De verdad los niños están a salvo?

Irene Bachler

Yverdon-Les-Bains, Vaud, Suiza

Ama de casa

Mi esperanza es la tuya

¿Cómo me siento? Me siento asustada. Mis peores miedos se han hecho realidad: que nuestra nación se encontrara bajo asedio y que nuestro destino estuviera en manos de un narcisista cuya única preocupación es él mismo, y no nuestra nación. No confío en que el presidente de mi país ni el gobernador de mi estado de Florida sean capaces ni estén dispuestos a dar los pasos necesarios para ocuparse del coronavirus. Me siento traicionada. Me siento impotente. Estoy furiosa porque, durante los cinco años que han transcurrido desde la pandemia del ébola, nuestros líderes electos han ignorado las peticiones y las recomendaciones de la comunidad científica de dar los pasos necesarios para protegernos del inevitable próximo brote. ¿Qué pasa si nunca más vuelvo a ver a mi madre, de noventa y seis años? ¿Y si no estoy entre los afortunados? ¿Y si...?

Sin embargo, soy optimista porque confío en que los científicos, doctores e investigadores de todo el mundo trabajarán juntos para encontrar un tratamiento y una vacuna. Ahora más que nunca el mundo está unido. Mis necesidades son las tuyas. Mi esperanza es la tuya. Nos necesitamos unos a otros.

Dianne Mortensen

Boca Ratón, Florida, Estados Unidos

Profesora jubilada

Entre la vida y la muerte

En la enorme avenida apenas circulaba alguna unidad del transporte público, extrañamente vacía. Incluso era posible percibir el sonido del viento al agitar las ramas de los árboles y el canto de las aves. Era un viernes insípido pero podría ser cualquier día: sin bullicio, sin congestionamientos, sin gente, sin fiesta, inusualmente inmóvil, en pausa. Viernes de emergencia sanitaria en un punto de la urbe más grande del mundo, la Ciudad de

México, hundida en la parálisis declarada —tardíamente, dirían algunos— por las autoridades.

—¿A dónde se fueron todos? —pregunta, irónico, un solitario vendedor callejero que hoy no ha vendido. Y es que, en estos días, una buena parte de los habitantes de la gran metrópoli, que concentra a más de 20 millones de seres humanos, se encierran a esperar que pase lo peor, o a que lo peor pase.

—Es como una historia de ciencia ficción, supera cualquier serie —respondo al desconocido manteniendo la distancia, mientras apresuro mi camino.

La ciudad luce distinta, su gente también. Surgen los temores, las reservas, las compras fruto del pánico de papel sanitario, cubrebocas, gel antibacterial y alimentos. Algunos incluso dudan sobre la existencia de la pandemia, ya que el enemigo es invisible. Los científicos lo han llamado COVID-19, un nombre tan extraño como de incierto es su futuro.

Los cafés están cerrados, así como los restaurantes, colegios, cines, gimnasios, librerías. Tampoco el emblemático Bosque de Chapultepec, su zoológico y sus grandiosos museos reciben visitantes. Solo los servicios esenciales (farmacias, tiendas de alimentos y hospitales) están en funcionamiento.

Hoy, las cosas simples, esas que no apreciamos, cobran especial relevancia, como observar el cielo, sentir el viento, mirar un ave, conversar con los amigos cara a cara. El enemigo invisible nos hace reaccionar para ver el mundo desde otra perspectiva. El virus ha dejado al descubierto la fragilidad del ser humano.

En alguna larga sobremesa del encierro, reflexionamos en familia. Comento con mi hijo que, en sus pocos años de vida, le ha tocado vivir hechos que marcan para siempre, como los terremotos que sacudieron la capital mexicana en

2017 y sus efectos devastadores o cambios políticos sin sentido, pero nada se asemeja a este virus.

Aunque microscópico en tamaño, su gran poder ha doblegado a gobernantes necios, a comunidades incrédulas, ha alcanzado por igual al poderoso y al humilde. El virus no discrimina y deja una estela de dolor irreparable en las familias. También ha sacado a flote lo mejor y lo peor de los individuos, aislados en amplias zonas de la ciudad, aunque en otras la gente pretende llevar su vida con la mayor normalidad posible, ya sea por necesidad, ignorancia o por ambas, o tal vez a la ausencia de miedo porque, como dicen algunos, “de algo hemos de morir”.

Mientras tanto, las noticias muestran saqueos en establecimientos comerciales por grupos de vándalos, organizados a través de WhatsApp. La metodología es sencilla: seleccionan un blanco, acuerdan reunirse a determinada hora y listo. Lo curioso es que estos hampones no buscan comida sino artículos de valor, un sinsentido que ha dejado un centenar de detenidos.

Esas noticias contrastan con las que provienen de ciudades como Nueva York, Madrid, Guayaquil o Roma. En esta última hemos visto a un solitario Papa Francisco enviar por televisión e internet la bendición urbi et orbi en una desolada plaza de San Pedro bajo la pertinaz llovizna del crepúsculo.

Personalmente, siento una amenaza en el ambiente al acecho de su presa. Me invade el miedo, la impotencia. Sé que mi vida corre peligro si permanezco en la calle. Me siento seguro en mi refugio, el ciber mundo ha hecho del confinamiento una tendencia con el hashtag #QuédateEnCasa, que hoy se ha convertido en la diferencia entre la vida y la muerte.

Lavo mis manos con esmero y planeo continuar leyendo

una novela estremecedora, Ensayo sobre la ceguera, que me ayuda a pasar el tiempo de ocio tras el trabajo en mi oficina en casa. Quiero creer que cualquier similitud con la realidad es casual.

Cuánto desconcierto y desolación. No sé cuánto durará la pandemia, pero lo que sí tengo claro es que cuando salgamos de esta dedicaremos mucho tiempo a vernos y abrazarnos.

Arturo Tornel Moreno

Ciudad de México, México

Periodista

Entre marchas y epidemia

El estallido social en Chile fue en octubre. Hubo festejos, destrucción y dolor. Nos quedamos encerrados en nuestras casas con miedo por los saqueos, pensábamos en el desabastecimiento, en que podrían entrar a nuestros hogares. Las estaciones de metro eran destruidas y quemadas, al igual que los autobuses. Nos dejaron sin locomoción, tuvimos que ir caminando a nuestros trabajos. Las manifestaciones no paraban. La reivindicación del pueblo duraba cinco meses y nada la podía detener. Quien pensó en traer a un gigante para callar las voces estaba equivocado, no valían la policía ni los militares. Había un enemigo invisible y letal que atravesaba silencioso montañas y océanos. No venía a hacerse cargo de ninguna lucha social, no estaba a favor ni en contra de colores políticos. Venía a por nosotros, a por nuestros cuerpos. Se sentía cómodo atacando a los más viejos, ya lo venía haciendo desde otros continentes con buenos resultados. La huella oscura que iba dejando le hacía más fuerte y no quisimos darnos por enterados. Algunos dijeron que era una treta del gobierno para parar las marchas. Las decisiones de aislamiento fueron lentas, y los incrédulos decían que era una cortina de humo. Una, dos, tres

personas primero; luego mil, dos mil y más... Se disparó el número de muertos y entonces entendimos que había que quedarse en casa. Los más ricos pensaron en despedir a sus empleados para guardar su dinero por si la pandemia se ponía peor. “Cuarentena” era la nueva palabra de moda. Se instauró el toque de queda por un atacante que nadie veía, de diez de la noche hasta las cinco de la madrugada, y nadie reclamó por la medida. Se cerraron los centros comerciales y no hizo falta salir a comprar ropa o a tomar un helado. Las filas en los supermercados se formaban con un metro de distancia entre uno y otro, y podían entrar solo diez compradores a la vez. No nos sentíamos molestos por estas medidas sino más bien atemorizados.

Nos quedamos aislados en casa con los niños y la abuela. Solo yo salía a comprar lo urgente cada diez días con todas las precauciones para evitar el contagio. Si podíamos comprábamos por internet con más de una semana de anticipación. Cuando llegaba el repartidor lo saludábamos de lejos y dejábamos las cajas en el patio después de vaciarlas. Nos cuidamos para que nadie tuviera una emergencia y no necesitar ir a ningún hospital o clínica, que sabíamos colapsados.

Les aconsejo que no sean confiados, que cuiden un huerto de verduras como el que iniciamos nosotros: nunca sabremos con anticipación cuándo se convertirá en fortuna. Aprendan a convivir con el planeta, ya que quizás esta pandemia fue un ajuste de cuentas porque necesitaba un respiro profundo.

Maritza Delgado Rubilar

Calera de Tango, Santiago, Chile

Ingeniera

Metamorfosis

Mi nombre es... Bueno, quizás eso es lo de menos.
Comparto mi vida con mi esposa, tres hijos y nuestra